



JUAN
AJURIAGERRA
el **Hermano** mayor

Eugenio Ibarzabal

erein

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1ª edición: Febrero de 2019

Diseño de cubierta:
Carlos Pérez de Mendiola

Fotografía de cubierta:
Fundación Sabino Arana

Maquetación:
Erein

© Eugenio Ibarzabal

© EREIN. Donostia 2019

ISBN: 978-84-9109-438-8

D. L.: S.S. 239/2019

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

www.erein.eus    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: itxaropena@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JUAN AJURIAGERRA
EL HERMANO MAYOR

Eugenio Ibarzabal

*A mi amigo Joxin Arregi,
porque hace lo que dice,
incluso en la peor de las circunstancias.*

Kapitanaz, buruzagiaz, oroitzen zen Whitman Lincoln hil zutenean.
Guri, urteen joanak berdindu gaituelako edo, lagun eta adiskide izanik
lagun eta adiskide baino gehiago zena datorkigu gogora: anaia nagusia,
eibartarrek esaten duten bezala, gurasotzako anaia zaharrena.

Whitman recordaba al capitán, al dirigente, cuando asesinaron a Lincoln.
Nosotros, tal vez porque el pasar de los años nos han igualado,
recordamos a quien siendo compañero y amigo fue más que compañero y amigo:
el hermano mayor, como dicen los eibarreses *gurasotzako anaia zaharrena*,
el hermano mayor que hace de padre.

KOLDO MITXELENA,
a la muerte de Juan Ajuriagerra.

Índice

I. De la familia	—	9
II. Del 18 de julio de 1936	—	25
III. De la caída de Bilbao	—	61
IV. De Santoña	—	103
V. De la cárcel	—	157
VI. De la clandestinidad y de los aliados	—	207
VII. De la huelga de 1951 y la ruptura con los Servicios	—	251
VIII. Del nacimiento de ETA a la muerte de Agirre	—	281
IX. De más violencia	—	326
X. Del debate constitucional y de la muerte	—	379
Epílogo	—	427

I

De la familia

Me llaman para decirme que han recuperado la grabación.

La vida es un bucle de bucles, y acabo de enlazar con un cabo que dejé suelto hace cuarenta años. Tal vez sea la edad quien lo propicie, porque nunca he dejado de lanzar cabos. Este me llega tras haberlo soltado aquella tarde en que lo entrevisté en Bilbao. ¿Quién haría de contacto?... Qué más da si fue uno u otro. Estoy seguro de que fui yo quien tuvo la iniciativa. Ya me interesaban los “viejos”, y él era el más viejo entre los “viejos”.

Iba nervioso porque no sabía bien qué preguntar. Lo peor de no saber es que no sabes ni cómo empezar a saber. Quería preguntarle todo, que es como no preguntar nada. ¿Por dónde empezar? Es como cuando se quiere recuperar la fe perdida y observas que ya no quedan ni las preguntas, que se han desvanecido las antiguas referencias, que los conceptos fundamentales sobre los que construir algo nuevo han quedado barridos, en este caso, por el enfrentamiento generacional. Se ha borrado todo. Eso ha sido lo peor del franquismo.

Al menos, sé que no sé.

No es poco.

Así me encontraba yo aquella tarde del Primero de Mayo de 1978 ante Juan Ajuriagerra. Recuerdo su casa como un lugar sombrío en un día que era, sin embargo, soleado, como si las cortinas estuvieran tal vez echadas al llegar, o las contraventanas vueltas y el piso a oscuras, no lo sé bien, favoreciendo así la intensidad de la conversación. No pretendía yo eludir nada, pero, aunque lo hubiera querido, la escena que tenía frente a mí lo habría hecho imposible. Él se encontraba allí, solo, esperando mis preguntas, sereno, mirándome

fijamente, dando a entender que me iba a atender con seriedad el tiempo que hubiera dispuesto para mí. Que no íbamos a perder el tiempo, vaya, porque no había ya tiempo que perder.

El mito, sin abrir la boca, me estaba diciendo: venga, pregunte, aprovechese de mí, estoy a su disposición, no va a tener otra oportunidad, queda ya poco tiempo.

Se estaba muriendo.

La historia de su familia resultó ser una buena manera de comenzar la conversación. Acerté, porque observé que lo hacía con cariño. Mejor aún, con orgullo. Era una familia que se quería. Lo notabas. No había falsedad alguna en la confesión. No era hacer como si quisiera a los suyos, no. Simplemente, se querían. Podría haber comenzado como Marco Aurelio en el primer capítulo de sus *Meditaciones*: Aprendí de mi padre, aprendí de mi madre, aprendí de mi tío... Y el primer impacto que me llega es el de un hombre afortunado. Empezó bien. ¿Puede haber algo mejor en una persona que el recuerdo de una infancia feliz?... Una infancia feliz implica comenzar la vida con buen pie; denota, de inmediato, la presencia de un ser que ha sido querido. ¿Y haber sido querido de chaval no es el cimiento más sólido sobre el que se edifica luego una vida de interés? ¿No se explica así esa seguridad personal de la que luego él haría siempre gala ante los demás? No es la seguridad que propicia una familia con dinero, con historia de antepasados brillantes o poderosos, no. Es la seguridad de disponer de una raíz profunda, intensa, sólida, que ha permanecido presente y disponible a lo largo de la vida allí cuando ha hecho falta. Una verdadera fortuna, de ahí lo de afortunado. Su familia era también su fortaleza.

Me cuenta algo nada frecuente entonces: cómo lo enviaron a estudiar a Alemania a los diecisiete años; a esa misma edad enviaron a su hermano Julián a París, y a su hermana Rosario a Bruselas. Al contarlo, no lo hace por hablar bien de él, sino por hablar bien de sus padres. Su recuerdo es un buen recuerdo.

Ahora me sorprende, pues me deja grabar, aunque me repite que tenga mucho cuidado con el uso que haga de lo que me va a decir. Observo que, de repente, confía en mí. Luego, tal vez como reminiscencia de mi larga entrevista anterior con el lingüista y compañero de cárcel y clandestinidad, Koldo Mitxelena, que Ajuriagerra me revela que ha leído, hablamos de la organización de la huelga de 1951, que, para mí, y observo que también para

él, es un antes y un después. Más tarde, sale a relucir el nacimiento de ETA. Apenas levanta la voz, pero no es necesario. Es rotundo. No hay matiz alguno. Quedará finalmente su opinión sobre la posibilidad o no de un golpe militar en España.

Ya llegará el momento de traer todo eso hasta estas páginas.

Antes, necesitaré un tiempo.

Cuando habla, me viene a la memoria todo lo que Koldo Mitxelena me había dicho de él. Hasta entonces, era alguien del que yo había oído hablar. El mito. Ahora ese mito está frente a mí, es real y me habla. Es el viejo entre los “viejos”. O como Mitxelena diría muy bien, el “hermano mayor”.

Dos horas. No hay posibilidad de más. Está cansado, y lo dice de un modo que me hace creer que está *muy* cansado. Es el final. Sus hermanas están esperando al despedirme. Bajo las escaleras andando, a pesar del peso de mi enorme magnetófono. Por más que nos hayamos despedido amablemente y aventurado un posible encuentro posterior, sé que no va a haber una oportunidad más.

No puedo publicar todo lo que me ha dicho, aunque sí parte. En cualquier caso, no lo utilizo para mi programa en la radio. Sería traicionar su confianza.

A los tres meses asisto a su funeral en Begoña, en agosto de ese mismo año de 1978. Es un homenaje, un reconocimiento, una afirmación. Me emociona lo que veo. Tiene que haber mucho más que las cuatro cosas que sé de él. Hay silencios y caras que lo dicen todo. Pienso que se me ha escapado, que me ha dejado con las ganas y que su vida es mucho más de lo que he oído de él y de lo que me ha dicho. Lo intuyo. Por mi parte, he traspasado el umbral. A la salida de la iglesia saludo a su viejo compañero de clandestinidad, Jesús Solaun, y a su maravillosa mujer, Carmen. Solaun me dice, enfadado, que no está de acuerdo con lo que he publicado de mi entrevista con Ajuriagerra, que si llega a tener conocimiento previo hubiera hecho lo imposible para evitar su divulgación. Me llevo un pequeño disgusto. ¿Por qué está enfadado y tiene que mostrarlo, precisamente, en ese día? No lo sé. Me vuelve a despertar el recuerdo de las viejas querellas de clandestinidad. Otra vez no, por favor. Hoy al menos no, le digo, y lo hago con respeto, porque quiero mucho a esta pareja.

Cuánto tiempo perdido; pero hoy es solo el momento de quedarme con lo bueno.

Cuarenta años después me llaman para decirme que han recuperado la voz de la cinta que yo daba por perdida. Esa misma noche la escucho antes de ir a dormir. Hay todavía ruido de fondo, y a mí apenas se me oye, pero da igual: se puede escuchar muy bien lo que él dice, y, sobre todo, cómo lo dice. Hay frases que no termina, utiliza muletillas constantemente, no habla bien, pero se le entiende todo, no se pierde en ningún momento. Muestra una seguridad que no es fruto de la soberbia, sino consecuencia de una fuerza que solo da la experiencia, el comportamiento, la reflexión, y, en consecuencia, la credibilidad. Contesta a lo que se le pregunta. La única pena es que la entrevista grabada no llega a la hora de duración.

Eso es todo.

La vida me invita a continuar aquella conversación. El diálogo, pues, va a continuar.

Tan solo ha sido una interrupción.

Eso sí, de cuarenta años.

2

Parecería por tanto un buen comienzo hablar de nuevo de la familia con su propia familia. Pero, ¿qué hacer cuando se trata de hermanos solteros, ya todos muertos? Afortunadamente Julián, el menor, se casó, y tuvo dos hijos, Isabel y Mikel Jean. Escribo a Isabel solicitando una entrevista. Pasan los días y me hago a lo peor. Imagino ya otras vías para abordar la historia. Pero no, al cabo de una semana recibo una llamada. Es Isabel. Me dice que me recibirá en “Hegoa”, la casa familiar, en Villefranque, muy cerquita de Ustaritz.

No me veo aún capaz de embarcarme en su biografía.

En todo caso, su llamada me ha servido para cargar mis propias pilas; las necesito.

Isabel me envía un mapa de cómo llegar. Le he preguntado si es mejor ir por Biarritz, por la autopista, por más seguridad. Que no, por Dantzarinea, atravesando el Baztan, porque es más corto, más barato y el paisaje más bonito. ¿Hay quien pueda, después de esto, dudar de la ruta a tomar?

Llevo tiempo sin atravesar estos parajes. En mis años de periodista eran muy conocidos para mí. Ainhoa, Larresoro y Ustaritz. Unos pocos kilómetros

más y llego a Villefranche. Allí, frente al trinquete, me detengo y me dispongo a llamar por teléfono, pero no hace falta porque, pensando que me puedo extraviar, es Isabel la que me está esperando. Me reconoce, la sigo en mi coche, y, a los muy pocos metros, atravieso la cerca que, de repente, me descubre “Hegoa”, la casa de sus padres, pero también, como sabré más tarde, el refugio de la familia Ajuriagerra en Navidad.

Se trata de una casona grande. Ha llovido, estamos a punto de que llegue el invierno y el jardín tiene ese aspecto desangelado de final del otoño, apenas quedan ya hojas. Me trae a la mente que también yo estoy en el otoño de mi vida, tal vez en pleno invierno. Me sorprende que, tras tantos años, siga hablando del país y de las gentes que he conocido. Pero es lo que realmente me interesa. Primero, porque tengo la impresión de que el futuro no me va a ofrecer nada que no haya ya visto, luego porque me interesa ahondar en lo que conozco, pero con una mirada nueva, la de la experiencia, y porque, finalmente, puede servir de legado para los míos, en el estéril afán de evitar errores en los que nosotros hemos caído. Es mi pequeño universo, pero sé que hablo del universo, al fin y al cabo.

Inútil afán, ya lo sé, pero, al menos, que por mí no quede.

Y comenzamos a hablar.

Le confieso a Isabel que no tengo aún las ideas claras; le pregunto si me puede ayudar. Parece sorprenderse.

—Claro que sí —me responde.

Desde ese mismo instante, me siento más sereno. Observo que fuma sin parar. Pero estoy en su casa.

3

Le cuento que he asistido hace unos días en Bilbao a la presentación de un libro sobre la Resistencia vasca, que trata de recuperar testimonios que han quedado cubiertos y olvidados por la actuación de ETA, y que, a lo largo de un tiempo, ha absorbido el interés de todos, empezando por el mío. La sala del hotel estaba repleta de hombres y mujeres mayores que yo. Apenas conocía a algunos de ellos. Habían sido protagonistas, y el libro era una recopilación de un período clave de sus vidas. Si se les preguntara, tal vez dirían que se trata de lo mejor de ellas. Saludé a unos pocos, luego me fui.

No me gustan las muchedumbres, ni los actos sociales.

Al salir observé que habían traído a los hijos, e incluso a sus nietos. Se les notaba orgullosos de lo que hicieron y de lo que representaron. Guardaban un buen recuerdo. Al cabo de los años, ¿puede quedar algo mejor?

Apenas sé de ellos, me dije, de la misma manera que sé poco de Juan Ajuriagerra.

La lectura de este libro ha traído luego el acceso a otros, pero que siempre han tenido algo en común: el personaje de Juan aparece despiezado, sin más hilo conductor que la idea que, al final de su lectura, se haga la persona que lo haya leído. Pero también ha ocurrido algo más. Cuanto más leo y escucho sobre historia de la Resistencia vasca al franquismo, más se ensancha la figura de Ajuriagerra: aparece un poco por todas partes. Se presenta cuando menos lo esperas y se despide sin que te haya dado tiempo a preguntarle nada.

Cumple y se va. Uno va tras él, corriendo, diciéndole, siempre de usted, espere un poco, explíquemelo, por qué esto y no lo otro. Pero él siempre parece escaparse, tener mucha prisa, al tiempo que, refunfuñando, contesta: se hace, no se dice. Cuando trato de atraparlo, ya se ha marchado.

Esta vez no quiero que se me escape.

Al mismo tiempo, observo la animadversión que su nombre ha suscitado, y todavía suscita, no solo entre la derecha, sino incluso entre sectores de la izquierda, abertzale o no, aunque contenida, solo en ocasiones, por un cierto respeto, más formal que real, hacia su persona, todo ello con el trasfondo de una acusación que se va a repetir una y otra vez: la de ser un hombre de partido. Si llego a una conclusión diferente, sé desde ahora la acusación que también yo voy a sobrellevar.

Ahora recuerdo sus ojeras de aquella tarde. Parecía muy fatigado, se iba a morir, sabía que aquella era la última conversación. Luego, el funeral, ya lo dije.

Hasta hoy.

4

He preguntado a muchos vascos: ¿quién crees que es nuestra figura más relevante?... ¿De quién estamos orgullosos?... Hoy más que nunca necesitamos

referencias. Los anglosajones les llaman “héroes”. Hay un silencio inmediato, lo que demuestra que se trata de una cuestión raramente formulada. Hay quien calla, no muy buena señal, o también quien se rebela contra la existencia y necesidad de héroes. Pero cuando por fin se responde, surge en primer lugar la figura de Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, pero matizada con frecuencia por las creencias y la simpatía o la antipatía hacia el personaje. Hay quien saca luego a relucir a Juan Sebastian Elcano, el marino que culminó la primera vuelta al mundo, siempre oscurecido por la figura de Magallanes, que se llevó la gloria. A veces sugiero el personaje del modisto Balenciaga, que es tal vez el vasco más universal, conocido en diferentes lugares del mundo, lo mismo que el músico Ravel, que siempre se presentó como vasco. Hay quien cita a José Antonio Agirre, el primer Lehendakari. Otros, al escritor Unamuno.

Ninguna mujer.

Sé que la pregunta no está bien formulada por mi parte: no es lo mismo *relevante*, que *influyente*, que *universal*. De acuerdo. Pero, en cualquiera de los casos, hay algo cierto: nadie cita a Ajuriagerra, que es hoy, para muchos vascos, especialmente jóvenes, tan solo el nombre de una calle, aunque sea una calle de Bilbao.

Escribo su nombre en Google. Más de noventa mil referencias. Pero la inmensa mayoría son de anuncios inmobiliarios y de comercios situados en esa calle.

Eso: el más viejo entre los “viejos”. Pero nunca el hermano mayor.

5

Los Ajuriagerra fueron cinco hermanos: dos chicas y tres chicos. En realidad, fueron siete, pues dos murieron de muy niñas, de tosferina. El padre, Juan, es originario de un caserío de Otxandio, cerca de Durango, y su madre, Teodosia, de un barrio cercano al mismo pueblo. Isabel me enseña fotografías del abuelo y me llama la atención su figura elegante, la cabeza noble y las manos finas, que contrastan con la imagen inicial que uno podía hacerse de un albañil, que no de otro oficio estamos hablando. Se advierte a un hombre serio. Le digo que sé que era de ideología carlista,

porque me lo dijo el propio Juan en aquella entrevista, que dibujó una imagen de un hombre, por una parte, muy respetuoso con las ideas ajenas, pero que, al mismo tiempo, admiraba al Cura Santa Cruz, el guerrillero carlista, capaz de ahogar en el barro a los desgraciados soldados liberales que caían en sus despiadadas manos. Isabel se espanta al escucharlo y le contesto que también su tío Juan se espantaba al narrarlo aquel día: no encajaba para nada con el talante tolerante de su padre, es decir, con el abuelo de Isabel.

El padre de Juan Ajuriagerra, llegada la guerra, en 1936, no oculta una cierta admiración hacia los requetés, ya que, a pesar de todo, son un poco parte de los suyos. No así la madre. Cuando los hijos le preguntan a qué partido vota, contesta ofendida que “al mismo que vuestro padre”. Pero los hijos no le creen; piensan que vota siempre nacionalista.

–Tenéis que votar lo que os ordene vuestra conciencia –les dicen, eso sí, el padre y la madre por toda respuesta al ser requeridos.

Así como entre hermanos hablan en castellano, con los padres lo hacen en euskera, no por razones ideológicas, sino porque el padre habla un mal castellano, y hacerlo en esa lengua sería una falta de respeto y un feo hacia él, ya que habría de encontrarse en inferioridad frente a sus propios hijos.

6

La madre, Teodosia, natural de Olaeta, muy cerquita de Otxandio, en la comarca del Duranguesado, proviene de una familia dedicada, desde generaciones, a la ferrería. Es seguro, en consecuencia, que procede de un entorno familiar con cierta holgura económica. Se había casado en primeras nupcias con un hombre de apellido Arrese, y tenía un hijo, Jesús, que resultaría decisivo para los hermanos Ajuriagerra, al que tratarán luego como *tío*. Es él quien les orienta primero a estudiar francés los veranos y a viajar luego al extranjero. Teodosia es la *amandrie*, tal y como le llaman los hijos, y, al parecer, una persona clave para todos.

La pareja marcha después a Bilbao y el padre trabaja como contratista en la Universidad de Deusto. Luego lo descubrimos en posición destacada, toda vez que los jesuitas le ceden como vivienda una casa en el barrio de

Deusto, colindante con la Universidad, adonde se traslada con sus hijos. Juan nace el 6 de agosto de 1903, Flavio en 1905, Marina en 1907, Julián en 1911 y Rosario, la menor, en 1916. Deusto no es aún Bilbao; hasta el año 1924 no se produce la anexión. Los viejos del barrio hablan todavía euskera. Hay talleres industriales, y las sirgueras (aquellas pobres mujeres, con frecuencia antiguas prostitutas, a las que se contrata porque se les paga menos que a los animales) tiran de los barcos cuando hay marea alta.

Juan emplea con sus padres el tratamiento de “berori”, semejante al de *vuesa merced*, o de *vos*. No ha de creerse que se trata de una excepción en aquel tiempo. El padre, tolerante desde el punto de vista ideológico, muy a pesar de su carlismo, es inflexible en materia de disciplina. Más de una vez castiga al joven Juan a permanecer en la escalera de casa por haber llegado tan solo unos minutos tarde y, en consecuencia, perder la bendición previa a la cena.

7

¿Gente *chic*, los Ajuriagerra? Al oír preguntarlo a Isabel, tal vez su tía Rosario se hubiera puesto furiosa. Julián discute con los hijos de los obreros de su padre y les dice que unos y otros son lo mismo, pero ellos le responden que no, o que, al menos, no del todo, “porque tu madre toca el piano”, aunque su padre no toque piano alguno, ni haya acudido por mucho tiempo a una escuela. Es una “persona hecha a sí misma”, y sus hijos: Flavio, Juan, Julián, Marina o Rosario, se han incorporado a una cierta burguesía, muy reciente, tan solo en razón a que todos ellos han estudiado en buenos colegios y universidades. Es una familia que asciende, porque, finalmente, el padre también hace dinero, aunque no gasta nada. Lo único que quiere es que sus hijos vayan a las mejores escuelas. Eso es todo.

8

Juan estudia en los Agustinos de Bilbao y pasa los veranos con sus hermanos en Otxandio, un pueblo hermoso con fama de ser también muy frío en el invierno.

El *tío* Jesús, médico que un día llegará a ser director del Hospital de Basurto, en Bilbao, antes de estudiar el Bachillerato le envía los veranos a La Mothe, cerca de Burdeos, en la región de Charente, para estudiar francés.

Tras finalizar el Bachillerato, de nuevo el *tío* Jesús le envía al extranjero, esta vez a Alemania, para estudiar ingeniería. Por lo que sea –tal vez por dificultades de convalidación–, vuelve al año y medio e ingresa en la Escuela Superior de Ingenieros de Bilbao. Termina la carrera el 21 de junio de 1927, a los 23 años, a punto de cumplir los 24.

Siempre se presentará a sí mismo como Ingeniero Industrial. Es lo que indicará su tarjeta de visita. Es un orgullo, pero también una actitud a la hora de enfrentarse a lo que la vida va a proponerle.

Luego va a entrar en la empresa Babcock Wilcox. Permanece allí hasta julio de 1936. Dicen que ya allí sabía hacerse obedecer.

9

Julián, el hermano menor, es lo que se podía describir como un niño cohibido, sensible, en el sentido de vulnerable. Lo sería siempre. Los padres, a iniciativa, de nuevo, del *tío* Jesús, lo envían a estudiar a París a los dieciséis años, lo que no pudo ser fácil para él. Sin embargo, son los felices años veinte. Reside en el *Foyer pour Etudiants Catholiques*, cerca del parque de Luxemburgo, donde convive con músicos como Joaquín Rodrigo, Jesús Arambarri, Nicánor Zabaleta, Enrique Jordá, o el pintor José María Ucelay. Se enamora de París y lo manifiesta en sus cartas a casa; su *tío* le contesta diciendo:

–Déjate de tonterías, estudia y trabaja.

Al principio rechaza leer, como ejemplo, *La Risa*, de Bergson, por estar el libro en el Índice de Libros Prohibidos por la Iglesia. Elige estudiar Psiquiatría para “conocer la anatomía y fisiología del pecado... en búsqueda de una especie de alquimia, del filtro de la felicidad”.

Bergson sería, sin embargo, poco tiempo más tarde, uno de sus autores preferidos. El Índice dejará muy pronto de ser para él una referencia.

Julián Ajuriagerra, que llegará años más tarde a ser profesor en el Collège de Francia, en París, será siempre un hombre melancólico, pero alegre. Tan solo sorprenderá años más tarde a los que le rodean con algunos recuerdos de la niñez, las vacaciones en Otxandio, las historias misteriosas

de la Dama de Anboto, las carreras en bici para que le observen las chicas, o el *tío* Jesús, el primero que ha creído de verdad en él.

10

La mujer de Julián y madre de Isabel se llama France Alberti, enfermera, siendo así como conoce a Julián, médico en París, más exactamente en Sainte Anne, donde ella hace un *stage* en psiquiatría. Tendrá un lugar significativo en la familia a la que se ha incorporado.

Antes de casarse, es de dominio público en Bilbao que Julián y France conviven bajo el mismo techo. Una *querida*, dicen, una *francesa*. A los diez años de estar viviendo juntos, Julián pide permiso a su padre para casarse. No le anuncia, sino que le pide permiso, sabiendo que se lo va a dar, pero tratando a sus padres con el respeto que cree que les es debido. Es la madre de Julián la que contesta, recordándole que se va a casar con una mujer que no es ni de su raza, ni de su cultura, ni de su religión. No obstante, le da su bendición. Julián solo se fija en la parte de la bendición, y France, durante un buen tiempo, en el resto de la sentencia.

Observo, en compañía de Isabel, fotografías de France, que resultará ser simpatizante del dirigente revolucionario ruso Trotsky, al que, incluso, llegaría a conocer en París. Militante antifascista. Nada religiosa. Muy feminista.

France es también una mujer muy bella, o mejor aún, elegante, de una hermosura mediterránea. La puedo observar con su pelo siempre recogido en una fotografía al bajar del tren, en París, nada más llegar del frente de Barcelona, adonde ha acudido a luchar contra el fascismo, junto a su compañero Julián. Pero la veo también luego en compañía de su marido en diversas recepciones académicas, vestida de gala, subyugante. Fumadora empedernida, al igual que toda la familia, lectora voraz —su biblioteca lo demuestra—, de pensamiento independiente, sólida hasta el final de sus días. Su muerte está envuelta en cierto misterio.

Demostrará que sabe empuñar un arma y disparar, sin duda con bastante más habilidad que su marido, que no sabe manejar una pistola. Mujer práctica, ofrece una gran seguridad a los que la tratan; para empezar, a Julián. No llegaría a hablar bien el castellano; se siente corsa.

Juan Ajuriagerra quiere mucho a France. Sienten un respeto mutuo. Sabe perfectamente cómo piensa su cuñada. Ella mostró mucha alegría cuando el Partido Nacionalista Vasco vino en definirse como aconfesional, me dice Isabel.

11

Así como Juan es la figura tutelar, el hermano mayor, el inteligente, Flavio es el *pillo*, el listo. Todas las travesuras las hace Flavio con Julián, al que lleva de un lado a otro, porque Julián es de una timidez casi patológica. Flavio es el más guapo de los tres hermanos Ajuriagerra. Es también el *payaso*. Tiene una habilidad especial: sabe poner cara de bobo. Y dispone de una capacidad aún mayor: el resto de la gente, cuando Flavio lo decida, lo tomará por bobo.

Sabrá sacarle un gran provecho.

Esta descripción me ha recordado a la que Robert Graves hace de T.E. Lawrence (más conocido como Lawrence de Arabia): “Su mayor don natural estriba en oscurecer su personalidad si le interesa pasar inadvertido. Llega, por ello, a parecer lerdo, corto de entendederas y vulgar, y explota esa facultad sin descanso como medio de autodefensa”.

Lo veremos muy pronto.

12

Las hermanas estarán siempre al servicio de Juan, que es también el padrino de Rosario, su hermana.

—¿Cuándo vendrás? —le preguntan ellas al salir de casa.

—Cuando llegue —contesta el otro al cerrar la puerta.

Saben que Juan tiene cosas importantes que hacer, pero ellas forman también parte del mismo equipo. Irán a la peluquería antes de visitar a Juan en la cárcel, para que las vea dignas, elegantes, bien puestas, nunca desesperadas. Eso nunca. Pequeñas, pero siempre rectas ante los demás.

Años más tarde, hay quien me dice que, al ser preguntadas por la familia, las dos hermanas terminaban siempre por hablar de Juan, el Hermano mayor.

Había que estar a lo que había que estar. Le han oído demasiadas veces decir eso de “hacer lo que hay hacer”.

Y lo hacen, porque están a lo mismo.

13

Cuando, años más tarde, todos los Ajuriagerras se encuentren en esta casa de Villefranque, en Navidades, se producirá un momento mágico. Duermen todos aquí, pues hay habitaciones para todos, son felices juntos. Juan, Rosario, Marina, Julián, France, así como sus hijos. Hacen familia, aunque no estén ya ni los abuelos, ni el tío Flavio, de quienes solo quedan los recuerdos. Se sorprenden los unos a los otros de su comportamiento en el pasado. Observan que cada cual ha cumplido con su obligación. Sin tener que decirse nada.

Están orgullosos.

Hay un cariño y un respeto inmenso entre todos ellos.

Se nota en el ambiente.

14

He comido y cenado en “Hegoa”. Y muy bien, por cierto. Isabel y Jean-Claude Larronde, su marido, me dicen, por si acaso, que no crea que comen así todos los días. He dormido en la cama que perteneció en los últimos años a France, tras morir Julián, que hubo de padecer a lo largo de diez años la enfermedad de Alzheimer. Escapaba de casa con frecuencia y era vigilado por la familia y por los amigos del pueblo, que avisaban a Isabel y Jean-Claude al verle vagar sin rumbo por las carreteras cercanas.

Un verdadero horror.

A quién le tenía que suceder eso: al profesor Julián Ajuriagerra, que había dedicado su vida a estudiar la estructura de la mente.

Tengo la impresión de llevarme mucho de esta mujer, Isabel, que tanto se parece a Jeanne Moreau, la bella actriz francesa que nos hizo, en su momento, soñar a tantos.

Se lo digo.

Vuelta a casa.

Me paro en Ustaritz, compro queso y *foie* en la tienda que me ha indicado Isabel.

Suena dos veces el teléfono en el coche. Una para mal y otra para bien.

Una amiga me llama para decirme que le han detectado eso que no nombra en un primer momento. Su confesión es una muestra de la confianza que los dos hemos labrado en estos últimos años. Nos decimos todo sin decirnos nada. Cuantas cosas trasladan los silencios.

Otra llamada más tarde para decirme que no solo puedo disponer de la entrevista que, en su momento, hice a Juan Ajuriagerra, sino que han podido recuperar el resto de las entrevistas de aquellos años. Puede haber cuatrocientas horas a mi disposición. Repaso mentalmente los nombres: ¿Estará este?, ¿y aquel?...

Si al llegar a "Hegoa" tenía mis dudas sobre escribir o no el libro, ahora esas dudas acaban de desaparecer. Voy a resucitar a los muertos, me digo. Van a cobrar vida. Les voy a volver a hacer hablar. Serán los auténticos protagonistas. Les preguntaré, y ellos, gustosos, seguro, me responderán, al igual que hicieran cuarenta años atrás.

Y el hilo conductor será Juan.

Su último servicio. Antes de callar, esta vez sí, para siempre.

Bajo el alto de Otxondo, camino de Elizondo. Y aunque oscurece y conduzco bajo la niebla, sé que lo tengo que hacer, y lo haré. Antes de que se haga de noche y no pueda ver ya nada. Tengo ya, incluso, prisa por comenzar.

Observo que mi razón principal para escribir sobre Ajuriagerra no es sino tratar de responder a unas determinadas preguntas: ¿cómo aguanta un resistente a lo largo de más de cuarenta años?, ¿por qué no desfallece?, ¿qué es lo que le hace seguir, y seguir solo, a pesar de todo?

Ahora se trata de continuar y reconstruir su historia a través de otras historias, e introducirme de lleno en el heroísmo y la miseria, es decir, en la vida, la de los demás y la mía.